



El hacer del corazón: identidad y espiritualidad en el ministerio sacerdotal y episcopal de D. José Manuel Lorca Planes

FERNANDO VALERA SÁNCHEZ

Obispo de Zamora

Pero llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros (2 Cor. 4, 7).

Escribir sobre las implicaciones de la identidad-espiritual y sacerdotal de D. José Manuel, me trae muchos recuerdos, palabras y experiencias. Quiero hacer referencia a dos de ellas y desde ahí, dar unas pinceladas teológico-espirituales del ministerio sacerdotal y episcopal de nuestro obispo, desde lo que fue el «Congreso de Espiritualidad sacerdotal» y desde su lema episcopal.

1. IDENTIDAD TEOLÓGICO-ESPIRITUAL DEL MINISTERIO PRESBITERAL-EPISCOPAL

En mis primeros años de sacerdote, estando de coadjutor en Molina de Segura, vino a una celebración D. José Manuel, venía del recientemente celebrado «Congreso de Espiritualidad Sacerdotal» que organizó la Conferencia Episcopal Española desde su comisión del Clero. Yo tenía un déficit formativo en todo lo que eran temas identitarios y de espiritualidad sacerdotal. Los años de mi formación tuvieron otros centros de interés, que agradezco de corazón. Este déficit me había dado un deseo grande de profundizar en estas cuestiones.

El rector del Seminario de San Fulgencio, en ese momento D. José Manuel, abrió una puerta que ha marcado mi vida. Desde esa perspectiva quiero hacer remarcar algunos aspectos teológico-espirituales que esta realidad ha supuesto para mí y para muchos sacerdotes, laicos y religiosos de la diócesis de Cartagena. Este Congreso ha configurado el ser del sacerdocio de esta Iglesia local. Quisiera destacar algunos elementos, evidentemente, muy condicionados por lo que han sido mis nueve años como, Director Espiritual de los Seminarios San José y San Fulgencio de Murcia.

Nuestro ser presbíteros nace de la escucha del Señor: «Id y hacer discípulos...» y trabajad en la viña del Señor. Escribirá D. Ricardo Blázquez: «Ser enviado no significa sin más asumir la antorcha y prolongar la causa de la justicia, la libertad, la dignidad del hombre. El reino de Dios ha recibido las facciones del rostro de Jesús itinerante por los caminos de Galilea, entregado a la muerte por los poderosos y resucitado por Dios». Por tanto, es un hacer que es ante todo interior, que nace de las Bienaventuranzas como un modo de vivir, con actitudes de perdón, de pacificación, que no crean tensiones, molestias, contiendas, agitaciones, sino que las calman. Es la convicción de que seremos juzgados por el hacer del corazón, por la mirada sobrenatural de las cosas y personas, por el modo de vivir nuestro ser Iglesia. De la fuerza que lleva la pobreza, la mansedumbre, la humildad, la capacidad de sufrir y de soportar la cruz. Este hacer del corazón es el de quien busca el Reino como valor supremo, contrario al activismo exasperado, afanoso, preocupado. Es un hacer sostenido por la confianza en Dios, porque, con la certeza de que si se busca «el Reino de Dios y su justicia; y todo esto se os dará por añadidura» (Mt. 6,33). Este discipulado misionero está radicado en la espiritualidad de nuestro obispo en los siguientes fundamentos:

1. La centralidad de Cristo: *Presbiterorum ordinis*, comienza afirmando la centralidad de Cristo en la vida y el ministerio ordenado ya que el sacerdote participa del ministerio de Jesucristo, Maestro, Sacerdote y Pastor por el que la Iglesia se edifica (cf. PO, 2). En el origen de toda vocación ministerial hay una elección que es un acto del amor de Dios Padre en Jesucristo, el cual por medio del Espíritu Santo, invita al llamado a seguirle, a verlo, a quedarse con él –lo mismo que habría hecho con los doce– (cf. Jn 1, 39), a fin de participar de una manera particular en su ministerio de salvación: los presbíteros obran en nombre de Cristo; ejercen el oficio de Cristo Pastor y Cabeza; por razón de su ministerio personifican a Cristo; obran en la persona de Cristo Cabeza como sus ministros y como tales representan a Cristo. Es en esta perspectiva cristológica en la que se ha de entender la totalidad del ministerio. Jesús es la presencia viva y gene-

radora de la Iglesia y por tanto de sus ministerios. La persona de Jesús sigue encarnándose y haciéndose presente y operante de manera esencial en sus ministros ordenados.

2. Los sacramentos como estructura de encarnación de la identidad del presbítero y de su espiritualidad. Es la ofrenda existencial de Cristo y tiende a comunicar a cada creyente el dinamismo de dicha ofrenda. Aquí es donde se unen estrechamente consagración y misión. La relación de Cristo con su pueblo es una relación de caridad, de amor de dedicación, de inmolación victimal. Esta existencia ofrecida, proclamada en la Palabra y las obras a favor de la gente tiene su culmen en el sacrificio de la cruz ofrecido al Padre y por el que se alcanza la santidad. La caridad pastoral, tal como la muestra el Concilio Vaticano II, es ante todo una participación concedida del Padre en Jesucristo. La cual se hace realidad precisamente en «el ejercicio del ministerio». Así, la espiritualidad del presbítero tiene relación con su identidad y ésta es una complejidad incluyente, donde la piedra angular de ese mosaico es la caridad pastoral. Ella es la impulsora de la perfecta armonía entre el «ser» (identidad) y el «hacer» (ejercicio del ministerio) de la vida sacerdotal. Esta entrega, o caridad pastoral, se plasma en el ministerio de la Palabra, en la celebración de la Eucaristía y sacramentos y, toda la acción apostólica. Actuando como testigo y vicario de la persona que delega y envía. Es la realidad que se hace presente en el lema episcopal de D. José Manuel Lorca Planes: *Caritas Christi urge nos*.
3. Un ministerio guiado por una eclesiología de comunión, que el Vaticano II ha elaborado especialmente en diversos documentos y en *Lumen Gentium*. Los sacerdotes forman parte de la jerarquía de la Iglesia en razón de su ministerio y entran en la estructura carismática de la misma en virtud de la particular forma de santidad a la que están llamados. Es la comunión que existe entre los miembros del pueblo de Dios por medio de la comunicación con el Padre en Cristo y en el Espíritu Santo (LG, 8). Es una perspectiva comunitaria, el presbítero es miembro corresponsable de un presbiterio, en el que se debe construir la vida apostólica como generosidad evangélica, disponibilidad misionera y fraternidad sacramental.
4. El paso de D. José Manuel por el Seminario también ha marcado su episcopado, su sensibilidad vocacional e incluso su propia espiritualidad: *Optatam totius*, nos dice que, «habiendo de configurarse a Cristo Sacerdote por la Sagrada Ordenación, habitúense a unirse a él, como amigos, con el consorcio íntimo de toda su vida» (OT, 8). En cierta medida el decreto presenta una primacía de la vida espiritual, a la cual debe ordenarse el estudio, la disciplina y la pastoral. Sin ella es inútil toda labor.

5. El ejercicio del ministerio sacerdotal y episcopal de D. José Manuel, ha tenido otro acento importante: La Palabra de Dios, presente en su formación teológica y en su sensibilidad, aspecto que ha sido capital para su espiritualidad. Él se sabe *escogido para el Evangelio de Dios* (Rom 1,1). La existencia apostólica y profética, por la fuerza del Espíritu Santo que ha tomado posesión de hombres concretos, se convierte en palabra que interpela de parte de Dios a cada creyente. Dios toma la iniciativa. La escucha de la Palabra que se hace en la interioridad del corazón, es siempre un acto de la Iglesia: *Dios habló en otros tiempos, sigue conversando siempre con la esposa de su Hijo amado; así el Espíritu Santo, por quien la voz viva del Evangelio resuena en la Iglesia, y por ella en el mundo entero, va introduciendo a los fieles en la verdad plena y hace que habite en ellos intensamente la palabra de Cristo* (DV, 8). Es evidente que la escucha de la Palabra de Dios no se agota en la acogida de las Escrituras. Se realiza también en los sacramentos, en la vida de la comunidad y en sus pastores, en la vida de los pobres, en la creación y los acontecimientos, mediaciones por las que la voz de Dios nos llega en la historia. Pero las Sagradas Escrituras permanecerán por siempre, como lugar privilegiado de la escucha de la Palabra que crea y salva. La Sagrada Escritura es una siembra en el devenir del pastor, es algo que se comprende con el tiempo: «El Espíritu Santo, el que el Padre enviará en mi nombre, él os lo enseñará todo y os recordará todo lo que os he dicho», y también, «cuando venga Él, el Espíritu de la verdad, os guiará a la verdad completa» (Jn 14,26; 16,13). El Espíritu siembra en el interior del corazón. El Señor entra en la propia vida y se hace un hueco poco a poco. Luego se convierte en conciencia, sin decir cuándo ni de qué manera. Por eso, el propio interés, no se puede superponer. Cuestiona desde el Evangelio, ensancha el corazón, amplía la perspectiva, cambia el punto de vista y convierte. Es como ese encuentro transformador de Jesús con Zaqueo. La Palabra con esa riqueza interior que Dios ha depositado.
6. Esta primacía de la Palabra lleva a trabajar en la viña del Señor, con un hacer del corazón, con la mirada al cielo y a las cosas santas. Es una llamada a ser discípulo en la vida del ministerio. El verdadero discípulo no tiene sentido negativo de sí mismo, porque posee las cosas santas, sabe que posee perlas en su interior. Es un discípulo consciente del don inefable de Dios y, por tanto, humilde, dócil, paciente. No hace nada por ostentación, vive desde la pureza del corazón y del hambre y la sed de justicia. Él espera un *cielo nuevo y una tierra nueva*, donde habite

la justicia y la paz, por eso es discreto, humilde, oculto, cualidades tan necesarias en el devenir del ministerio episcopal.

7. José Manuel, es un discípulo, que en el camino de la vida, ha escuchado: «amad a vuestros enemigos... así seréis hijos de vuestro padre del cielo...». Discípulo misericordioso, de quien no solo sabe soportar las persecuciones, sino que ora por los perseguidores, de quien acepta el mal, y en cualquier caso, sigue siendo agente de paz, de perdón, de quien no tiene nada que perder porque todo su tesoro se halla en Dios. Es la vida desde el Evangelio, en un comportamiento en confianza, serenidad, paciencia y la certeza de bienes mayores que son propios de los hijos de Dios.

El obispo en su tarea ministerial, es un discípulo que lucha: «nuestra lucha no es contra hombres de carne y hueso sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo de tinieblas, contra los espíritus malignos del aire» (Ef 6,12). Necesitamos las armas de Dios y el arma de Dios es la Cruz. Cuando asumimos la cruz como salvación, entonces sentimos en nuestro interior que esta guerra no es nuestra sino de Dios (cf. 2 Crón 20,15) y que es Él precisamente quien lucha por nosotros. Esto sucede cuando nuestra humildad, la humildad de saberse necesitado de la salvación, se aferra a la cruz porque ha aprendido que gloriándose en su flaqueza hace habitar en sí la fuerza de Cristo.

La mundanidad espiritual es una vivencia que «reduce la espiritualidad a apariencia: nos lleva a ser “artesanos del espíritu”, hombres revestidos de formas sagradas que en realidad siguen pensando y actuando según las modas del mundo. Esto sucede cuando nos dejamos fascinar por las seducciones de lo efímero, de la mediocridad y de la rutina, por las tentaciones del poder y de la influencia social. Y, además, por la vanagloria y narcisismo, intransigencias doctrinales y esteticismo litúrgico, formas y modos en los que la mundanidad –se esconde detrás de apariencias de religiosidad e incluso de amor a la Iglesia–, pero en realidad –es buscar, en lugar de la gloria del Señor, la gloria humana y el bienestar personal– (EG, 93). ¿Cómo no reconocer en todo esto la versión actualizada de ese formalismo hipócrita, que Jesús veía en ciertas autoridades religiosas de la época y que a lo largo de su vida pública lo hizo sufrir más que cualquier cosa?» Ser discípulo da una sintonía con el hacer del corazón de Jesús capaz de dar nuevas gracias en el ejercicio del ministerio. Es el deseo de ser humildes al modo de María.

En el camino del discípulo el Señor consuela haciéndose presente en medio de la comunidad reunida y mostrando sus llagas resucitadas. De esas llagas resucitadas brota la paz, esa paz que vence todos los miedos.

Es decirle desde el «hacer del corazón» que SI al Señor. Mirando al cielo, nuestra patria, decirle como María: «Hágase tu voluntad». Solo el humilde, el sencillo, es capaz de quitarse su orgullo y decir: Aquí estoy para hacer tu voluntad. En el ejercicio del ministerio episcopal, el Señor no abandona, está en su hacer cada día, hasta el fin del mundo, él cumple su palabra en el propio ministerio. Es la fecundidad del rocío que moja sin estrépito. Es la fecundidad apoyada en la constatación del paso del Señor que nos consuela, nos fortalece, nos deja en nuestra misión de administradores para que nuestra fidelidad lo espere «hasta que él vuelva». Con la convicción de que hay que pedir constantemente la fecundidad de nuestros cenáculos, de esta tu diócesis, tu esposa, que es la Iglesia. Es la adhesión al proyecto de Dios en el propio ministerio, ese que está escondido en el costado abierto de Cristo en la cruz, de donde nace la Iglesia, y anida el ministerio sacerdotal y episcopal.

2. *CHARITAS CHRISTI URGET NOS* (2 COR 5,14)

En el lema episcopal de Lorca Planes quiero resumir, a modo de pinceladas, lo que es su trayectoria sacerdotal y episcopal a lo largo de su vida ministerial.

La imposición de manos en las distintas celebraciones de ordenación, diaconado, presbiterado y episcopado, suponen una especial efusión del Espíritu Santo. El Espíritu, en el seno de la Trinidad es amor. San Agustín, con la expresión «amor» (*caritas*) menciona la tercera característica del Espíritu Santo y aduce como analogía la tríada de amante, amado y amor. Es un enfoque interpersonal y teológico donde el Espíritu es el vínculo del amor y comunión entre el Padre y el Hijo. Su interés se centra en dar razón de una experiencia religiosa, como prueba la frecuencia con la que cita el texto de san Pablo: *La esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado* (Rom 5,5).

El Espíritu de amor y su iconización en la caridad pastoral es el amor exclusivo a Dios que capacita para amar de su misma manera y en su misma medida. Que se puede amar a Dios con todo el corazón, más allá de cualquier otro amor, es la posibilidad para amar con el corazón de Dios a los hombres sin atarse y exclusivizarse en nadie, es un amor libre e intenso, porque su única exclusividad es Dios mismo. Este amor se hace caridad al prójimo. Es la apertura a la relación y expresión de sí mismo, es decir, reconocer en el otro, no solo su propia amabilidad (ser amado por Dios) sino también como capaz de amar.

Con el corazón se cree (Rm 10,10): «En la Biblia el corazón es el centro del hombre, donde se entrelazan todas sus dimensiones: el cuerpo y el espíritu, la

interioridad de la persona y su apertura al mundo y a los otros, el entendimiento, la voluntad, la afectividad. Pues bien, si el corazón es capaz de mantener unidas estas dimensiones es porque en él es donde nos abrimos a la verdad y al amor, y dejamos que nos toquen y nos transformen en lo más hondo. La fe transforma toda la persona, precisamente porque la fe se abre al amor... conocimiento propio de la fe... La fe conoce por estar vinculada al amor en cuanto el mismo amor trae una luz» (*Lumen fidei*, 26). Vivir en este primado del amor supone la capacidad de vivir y sentir los innumerables signos del amor esparcidos en el curso de la historia, allí donde se han ejercido los distintos ministerios. Este se hace capaz de anudar lazos de amistad a imagen del amor tierno de Dios. Un amor sensible y acogedor, que ama al hombre concreto, de carne y hueso; se ama a un «Tú», que tiene cualidades y unos defectos, una originalidad propia y una manifestación irreplicable de la benevolencia divina.

No puedo olvidar cómo en plena pandemia de la Covid-19, ante una realidad explosiva de pobreza en el barrio de la Paz de Murcia, se levantó un «Economato» como centro de distribución de alimentos y artículos de primera necesidad para cubrir las necesidades de unas quinientas familias. Esta iniciativa impulsada por el obispo de la diócesis de Cartagena D. José Manuel Lorca Planes, mostró como su prioridad de «amor» por los pobres, se hacía concreta y actual. Es un «corazón que ve» en medio de la desolación. Y, esto en una situación de vulnerabilidad personal, sabía que *la fuerza se realiza en la debilidad* (2 Cor 4,7). Es cuando uno sabe caminar pobre entre los pobres. Es un estilo que configura con Cristo en su misión entre los más pobres. La propia vida en estas circunstancias se hace camino de un «pobre entre los pobres» como identificación con la misión de Jesús. Configurados con Cristo para asumir su propia tarea. Es una opción afectiva, no de poder, prestigio, éxito, sino de humildad, disponibilidad y solidaridad. Parafraseando al papa Francisco citando a Guardini, es aceptar que nuestros ojos ven más de lo que creemos. Cuando miramos a los ojos a una persona, vemos su alma, el centro personal desde donde es consciente de sí mismo y de la propia mirada elige abrir su corazón. Es un cariño interior. Nuestros ojos son nuestro interior. Ver el misterio, ver la condición de criatura. Ver las consecuencias ministeriales de estas actitudes existenciales supone reconocer las propias limitaciones y debilidades; aceptación personal y aceptación de las pobreza de los demás; y, finalmente, expresarse con sencillez en el mundo del gran «dios» de la comunicación y de la «aparición». Es hablar a la realidad presente para decir que Dios ama y que el Espíritu vivifica para ser su «epifanía» en el mundo.

No puedo no recordar cómo Pablo VI, en la Eucaristía de clausura del Vaticano II, indicó que «la antigua historia del samaritano ha sido la pauta de

espiritualidad del Concilio». El camino de espiritualidad sacerdotal y episcopal de D. José Manuel, está también aquí, nos habla de caridad pastoral, pero no a imagen del sacerdote y del levita, sino a imagen de un samaritano. Es una de las parábolas de la misericordia, características del tercer evangelio. Trata de decir lo que es el ser humano: aquel que vio a un herido en el camino, reaccionó y lo ayudó en todo lo que pudo. Indica qué es el «prójimo». Ese necesitado que se encuentra en el camino, aquel que muestra benevolencia y cordialidad con respecto de otros, porque la mera proximidad no produce amor. La espiritualidad de cada uno se verifica, se hace real y creíble cuando en su mismo ser vive de misericordia y sabe que Jesús le dice que su prójimo está a su lado.

El amor de misericordia vivido y construido en el amor, es, en medio del propio ministerio símbolo de la comunicación divina, de la unidad de la amistad y libertad de amar y dejarse amar; es amor construido en las luces y sombras de la propia existencia, que se prepara para el futuro, los «tiempos nuevos» escatológicos y que en el «hoy del vivir cotidiano» experimenta y hace posible la expresión de este amor generativo y fecundo que es el Espíritu de amor recibido por la imposición de manos: «el principio interior, la virtud que anima y guía la vida espiritual del presbítero en cuanto configurado con Cristo Cabeza y Pastor es la caridad pastoral, participación de la misma caridad pastoral de Jesucristo: don gratuito del Espíritu Santo y al mismo tiempo deber y llamada a la respuesta libre y responsable» (PdV, 23).

El ministerio es un amar a la gente con un corazón nuevo, grande y generoso, con una auténtica renuncia de sí mismo y entrega total, continua y fiel. Un amor lleno de ternura, incluso con cariño materno, *hasta que Cristo sea formado en los fieles* (PdV, 22). Es una vida llena de humanidad, de afecto, comprensión, compasión y misericordia. Ministerio de misericordia con todos, de alegría consoladora y de perdón: «La ternura que nos reconforta brota de su misericordia, de la acogida del *magis* de su gracia, que nos permite seguir adelante en nuestra labor apostólica, soportar fracasos y reveses, alegrarnos con sencillez de corazón, ser manos y pacientes, recomenzar y recomenzar siempre, tender la mano a los demás» (FRANCISCO, *A los sacerdotes de Roma* 2023).

Presbítero y obispo que sirve. Es el Pastor que ha venido «no para ser servido sino para servir» el que en la escena del lavatorio de los pies deja a los suyos el modelo de servicio que deberán ejercer los unos con los otros. Un servicio que llega a la plenitud de la entrega en la cruz, don de Jesús en la humildad y el amor. Servicio que incluye vivir en la verdad como parte esencial de ese respetuoso y amoroso modo de expresar las cosas, de modo tal que puedan atraer con su esplendor y hacer el bien. Las cosas verdaderas se manifiestan con ese espíritu de verdad que es el Espíritu Santo.

El servicio ministerial es comprender la totalidad de la vida con un auténtico sentido de entrega, por eso tiene su expresión plena en la Eucaristía. Don que supone renuncia, aceptación de la fatiga, de la austeridad y de la cruz. El contacto con la carne de Jesús, su cuerpo eucarístico prepara nuestros ojos para ver con el corazón de nuestro Señor. Es la dinámica que transforma la vida, la Palabra que trabaja por dentro, la Eucaristía que configura con Cristo: la realidad cotidiana que se contempla desde el interior transfigurado. La Eucaristía nos envía: *El Señor al darnos una misión nos funda*, dirá el papa Francisco. Es el gusto espiritual de estar cerca de la vida de la gente, de experimentar que el ministerio episcopal es entrega para un servicio al hombre de hoy, que aleja de cualquier actitud de presunción y de un ejercicio del poder que no esté siempre y exclusivamente justificado por la caridad pastoral. No hay misión, ni discípulo misionero, sin ser pueblo fiel de Dios. Ser ministros servidores de Jesucristo en humildad e intimidad con él, y por lo mismo, de la Iglesia, su Cuerpo y Esposa. Esta es una fuente de alegría, de bendición y de comunión.

En conclusión, diría, que cuando se ama se imita; donde más se ama mejor se reza. Cuanto más abrazamos la cruz, más estrechamos a Jesús que está clavado en ella. El ministerio es un conjunto de aspectos que nos invitan a mirar con esperanza y mirar más allá. A D. José Manuel, a quien conozco desde que tenía dieciocho años, solo tengo una palabra importante que decir: Gracias por tu ministerio presbiteral y episcopal. Ha sido un regalo trabajar como colaborador suyo. He aprendido del valor del silencio, del ocultamiento, de la humildad y sencillez en el don de sí mismo. Es el milagro de la vida en Nazaret (Lc 2, 39-40; 51-52). De él he aprendido paciencia, ser capaz de sostener y acompañar procesos de crecimiento en la vida espiritual. La paciencia hace frente a la tentación de la eficiencia que es una forma de pereza. A veces confundimos la caridad pastoral con planes pastorales, que se hacen y me dejan tranquilo. Se pierde el ritmo de lo humano, el que necesitan las personas para crecer y vivir. Entrar con paciencia delante de Dios mirando y dejándose encontrar. Paciencia ante el Señor. Que es igual a obediencia sobre el altar, que nos une al misterio de la Iglesia, al misterio de Jesús. Frente a una cultura que impone la acción, la eficacia y la apariencia.

Nazaret nos dice que lo importante no es eficaz. Lo vivido en el día a día es importante, más que lo extraordinario; ello nos muestra lo que hay en la vida de vulnerabilidad, solidaridad, vivir sin privilegios, aceptando todo lo humano y en obediencia radical al Padre. Todo el Evangelio está en Nazaret. La diócesis de Cartagena es Nazaret. El obispo es un ostensorio, su deber es mostrar a Jesús, él tiene que desaparecer para dejar que solo se vea a Jesús. Toda la vida del ministerio es hacer presente aquello que decía san Carlos de Foucoult: «En cuanto

creí que había un Dios, comprendí que no podía evitar vivir solo para él: mi fe religiosa data de la misma época que mi fe. Dios es tan grande». No podemos perder el sabor a Evangelio. Las parábolas rezuman humanidad, la humanidad que aprendió Jesús en Nazaret, sin llamar la atención, «solo» acumulando humanidad, descubriendo lo que es la persona humana y Dios. Jesucristo redime desde dentro y desde abajo de lo humano. Es el talante contemplativo de la vida del obispo, conocer en la oración, en lo profundo del corazón, «Dios sabrá». «El corazón creyente ama, adora, pide perdón y se ofrece a servir en el lugar que el Señor le da a elegir, para que lo siga. Entonces entiende que es el tú de Dios, y que puede ser un yo porque Dios es un tú para él. El hecho es que solo el Señor nos ofrece tratarnos como un tú siempre y para siempre. Aceptar su amistad es cuestión de corazón y eso nos constituye como personas» (*Dilexit nos*, 25). El corazón del obispo ora, va al templo, espera, confía; ahí se forma su piedad, porque se hace cargo de ese ver con el corazón: *La fe no sólo mira a Jesús, sino que mira desde el punto de vista de Jesús, con sus ojos: es una participación en su modo de ver* (LF, 18).

El ver con el corazón, tiene que ver mucho con María, la Señora. Allí en su corazón estamos íntimamente unidos, como miembros de una fraternidad que realiza el Espíritu Santo. Allí cantamos cada día: «Proclama mi alma, la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi salvador. Porque ha mirado la humildad de su esclava» (Lc. 1, 46-48). Es el reconocimiento de la gracia del Señor, del abajamiento que la presencia y acción del Espíritu suscita, el deseo de humildad ante la grandeza de Dios como respuesta. El modelo del ministerio episcopal es María en Nazaret, que al recibir el anuncio profético de la Encarnación se humilla y se empequeñece dando la grandeza a Dios. Uno progresa en la vida en la medida que se abaja en lo interior. Es mirar desde los ojos de María, que siempre es el punto de vista de Jesús.

Gracias, D. José Manuel, por haber dicho un día sí al Señor, y haberlo repetido en cada circunstancia; gracias por su testimonio, por su servicio; gracias por el perdón y el consuelo que ha dado en nombre de Dios; gracias por su ministerio, que a menudo se ha desarrollado en medio de tantas dificultades e incomprendiones. Un día escuchó: «conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor» (Ritual de Ordenes). Esto se ha hecho realidad a lo largo de los años ministeriales.

Gracias por tanto bien escondido que ha realizado.